

Raíces en el Equipaje

(Continuación)

FRAGMENTO IX

GREIZ, DICIEMBRE DE 1920

Mi madre había insistido durante los últimos días en que fuéramos a visitar a los parientes. Decía que yo estaba convertido en un solitario y debía tener más roce social. En realidad, no me entusiasmaba mucho la idea de ir a ver a un montón de tías que ya no recordaba. Pero ella me lo pidió con sus ojos llenos de orgullo; sé que quería mostrar al "viajero": soy casi un objeto digno de curiosidad. Debí superar mis recelos y hacerle este favor.

Nos dirigimos a casa de una prima de mi madre. ¡Mi querida tía Agnes! Al saludarla, me di cuenta de que debería haber venido antes. Aun sufre por la muerte de su hijo Alfred: sus ojos, antes tan alegres, permanecen ensombrecidos. Su mirada me envolvió sin soltarme; era una caricia y a la vez un lamento. Sentí que yo retrocedía en el tiempo y junto a mí veía la sombra de su hijo.

- ¡Tía Agnes!

Sólo pude abrazarla durante largo rato. Luego, me aparté para escudriñar mi rostro.

- ¡Querido Hermann! ¡Cuánto me alegro de poder saludarte y ver que estás bien! Los años en Bolivia te han transformado en todo un hombre. No te aflijas por no haber estado en la guerra; para tu madre ha sido una bendición. Saber que al menos un hijo no corre peligro, ha sido muy importante para ella. Además, puedes forjarte un futuro en otro mundo; nadie sabe en qué va a terminar el nuestro.

Tía Agnes fue la única que vistió de palabras lo que hemos pensado durante el tiempo de mi regreso. Fue como si una ráfaga de aire fresco penetrara en nuestros corazones. Nos miramos aliviados. Para cambiar este tema tan delicado, la tía nos invitó a la sala de estar. Apenas crucé el umbral, quedé petrificado: vi una hermosa cabellera rubia que se sujetaba apenas con un lazo y luchaba por caer ondulante sobre un cuello que giró con mucha gracia al escuchar mis pasos. Mis ojos se hundieron en su mirada de azul profundo; no pude saludar, sentía que mis pies flaqueaban.

- ¿No recuerdas a Elfriede? Seguramente la última vez que la viste era un torbellino que corría por toda la casa. Fue hace mucho tiempo. Elfriede ha lamentado mucho la muerte de Alfred; todavía no se recupera del todo. Eran tan unidos; ella quería acompañarlo en sus viajes.

Nunca lamenté tanto mi timidez. Hubiese querido conversar con ella y preguntarle acerca de Alfred, hubiese querido escuchar el tono de su voz. Pero tuvimos que pasar al comedor, a tomar el té. Mi tía me acaparó toda la tarde y sólo pudimos intercambiar miradas con esta muchacha, que ahora no puedo sacar de mi mente. Debo volver a verla, es sencillamente encantadora. Cuando pienso en ella, la cabeza me da vueltas. ¿Me estaré enamorando? ¿Por qué busqué tan lejos, si la tenía al alcance de la mano?

GREIZ, NAVIDAD DE 1920

Estamos en vísperas de la fiesta más importante del año. Sé que esta vez será muy diferente para mí. Ya no estoy solo en las minas bolivianas; estoy de regreso en mi tierra natal. Estos últimos días han sido un torbellino. Llegó el invierno con toda crudeza; ráfagas de viento y nieve azotan nuestra ciudad. En medio de la ventolera fría y blanca, me siento acalorado y lleno de luz. ¡Han sucedido tantas cosas!

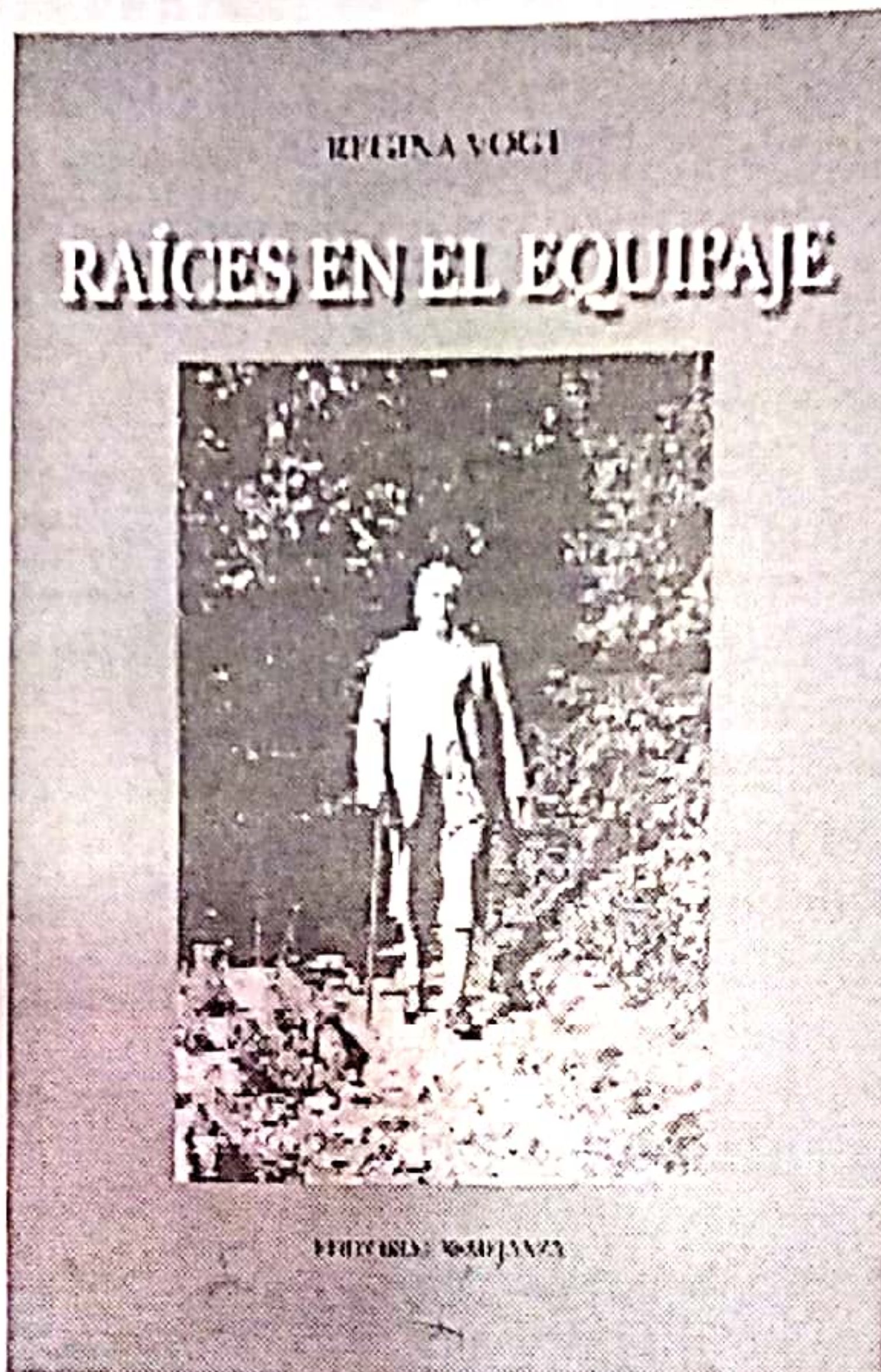
Después de aquella tarde memorable en casa de mi tía, un nombre se fijó cada vez con más fuerza en mi mente: Elfriede. Recordaba a la muchacha flacuchenta y risueña, siempre dispuesta para hacer bromas y divertirse con sus hermanas. A mí me incomodaba un poco, porque también se reía de mi seriedad; y mi modo de ser tan tieso poco tenía que ver con el pequeño remolino que corría por los pasillos de la casa y se colgaba del cuello de su adorado hermano Alfred. El la abrazaba con ternura y solía decirme:

- Esta pequeña revoltosa pretende acompañarme cuando sea grande. ¿Te la imaginas cocinando para mí en España?

En realidad, en aquel tiempo no podía imaginársela de otro modo que no fuese bromeando e inmersa en sus fantasías de niña. Nunca conversamos, puesto que yo era "demasiado mayor" para ella. Mi relación se limitaba a ser el amigo de su hermano. Con mayor razón, ahora la veía desde un ángulo completamente nuevo: la pequeña revoltosa se había convertido en toda una mujer. Se veía hermosa e irradiaba paz; me daba la impresión de poseer una rica vida interior. Al parecer, su infancia tan llena de juegos y alegría le había otorgado esta riqueza. ¿Cómo abordarla? ¿De qué modo podría hablarle de mis proyectos sin asustarla? ¿Era lícito de mi parte hacerle perder su serenidad con mis proposiciones? Estas preguntas no me dejaban dormir. Una mañana me levanté decidido a conversarle; no importaba su respuesta; no podía seguir viviendo sin hacer por lo menos el intento de acercarme más a ella.

Compré un ramo de flores (lo cual era todo y un lujo, dado la época del año) y recorrí el corto camino que separaba su casa de la de mis padres. Los nervios amenazaban con traicionarme; mis manos estaban frías y temblorosas y mi estómago era un nudo. Traté de infundirme valor, pensando que nada perdía con intentar un acercamiento. Toqué a la puerta y mi corazón ya no me obedecía; parecía querer salirse de mi pecho. Cuando me abrieron, dejó de latir por unos instantes; Elfriede en persona estaba en la penumbra del pasillo:

- ¡Primo Hermann, qué bueno es volver a verte! El otro día mi madre no nos



dejó conversar, y yo tenía tantas ganas de escuchar tus historias sobre América. Pero pasa, pasa, hace mucho frío para conversar en la puerta.

Sus cálidas palabras hicieron que el alma volviese a mi cuerpo, de pronto sentí que la conocía desde siempre; toda mi inseguridad se esfumó. Pude entregarle las flores sin sonrojarme, incluso fui capaz de adularla un poco:

- Te he traído este ramo, el tono hace juego con tus mejillas.

Fue ella la que se sonrojó en vez de mí; pero pronto recuperó sus naturalidad y me hizo pasar. Nos sentamos en los mullidos sillones de su madre y pronto la conversación fluyó con tanta facilidad, como si nos hubiésemos conocido desde siempre. Me sirvió té y galletas horneadas por ella y sus hermanas. Luego trajo antiguos álbumes de fotos de su hermano Alfred. La tarde se pasó volando. De pronto me fijé que ya estaba muy oscuro. No le había hecho ningún comentario acerca de mis intenciones. Me di cuenta de que no podía hacerle una proposición en la primera visita. De este modo, nos despedimos como viejos amigos. Pero me propuse volver cuando antes, para hacerle mi pregunta. Ya no me sentía tan nervioso, y cada vez estaba más seguro de que ella era la única candidata posible para mí.

A los dos días la volvía visitar. No quise dejar pasar más tiempo, pero tampoco fui al día siguiente; podía parecer demasiado obvio. Esta vez tuve menos suerte que la anterior, puesto que sus hermanas permanecieron todo el rato con nosotros; también querían escuchar los relatos del aventurero primo. No podían sospechar que eran un estorbo para mí en aquella circunstancia. ¿Qué hacer? Sentí que no era capaz de esperar ni un día más

sin manifestarle mis intenciones. De pronto, se dio una oportunidad de estar a solas: Elfriede debía ir al sótano para buscar más carbón. Era el mejor pretexto para acompañarla; no podía dejar que subiese solo el pesado saco. Cuando estuvimos abajo, en medio del frío y de la humedad reinante, la empecé con mi pregunta:

- Elfriede, no puedo esperar más para decirte lo que siento. ¿Quieres acompañarme a Bolivia y ser mi esposa?

El lugar y las palabras eran las menos apropiadas para mi declaración. ¿Quién sino yo podía proponer matrimonio de esta forma? Después de decirlo, ya era muy tarde para el arrepentimiento. Hubiese querido desaparecer. Elfriede me miró con sorpresa, y luego sus ojos se tornaron divertidos:

- ¡Esta es la proposición de matrimonio más original que he recibido! Hermann querido, me halaga profundamente que me consideres de este modo. Pero comprenderás que tengo que pensarlo durante unos días. No es habitual recibir propuestas de este tipo.

La forma en que reaccionó, me hizo sucumbir por completo. Hubiese querido besarla, pero lo incómodo de la situación y del lugar me disuadieron. Le daría su tiempo. Me sentí liviano, el oscuro sótano ya no existía; todo era luz y posibilidades de futuro. Cuando subí el saco de carbón (que me parecía como llevar palmas), nos miraron extrañados. Su hermana Gertrud la más cercana a ella, preguntó con tono desconfiado:

¿No tenían frío allá abajo? Pero parece que vienen acalorados.

Por suerte mi querida Elfriede supo cómo responder:

- Es que este carbón nos costó mucho trabajo subirlo; además, el saco estaba muy a trasmano.

No hubo más preguntas, pero de vez en cuando Gertrud miraba a Elfriede con suspicacia; trataba de adivinar algo en la expresión de sus ojos azules. Sin embargo, Elfriede aparentaba una naturalidad increíble; la admiré por su capacidad histriónica. Creo que yo ya me estaba delatando con mi seriedad; estaba más callado que nunca. Pronto mientras Elfriede pensaba acerca de mi propuesta.

Aquella noche dormí poco y muy mal. Cada vez que lograba conciliar el sueño por unos instantes, tenía pesadillas y despertaba sobresaltado. Recuerdo en especial un sueño, el más nítido de todos. Escuchaba una voz que decía lo siguiente:

¿Quién es la niña que silenciosa se desliza por los pasillos? Son pasillos húmedos, con olor a recuerdo. Sus trenzas vuelan, se mecen ondulantes. Una luz irrumpe desde lo alto. Un pajarito silencioso se escurre por los bordes del tejano. Son muchos años. Hay figuras que calladas se desprenden y susurran sus vidas al oído del visitante. La cocina está tibia; acoge a los que llegan siguiendo el camino de su olfato. Fragancias y aromas milenarios invaden los rincones. Esa niña sueña, vislumbra un mundo diferente. Sus ojos ven desiertos y montañas, su corazón debe dividirse. ¿Cuánto tiempo te queda? ¿Podrás algún día volver a los rincones, al patio encantado, al empedrado eterno? ¿Podrás volar bailando, jugar a ser princesa, musitar tus secretos a los ojos hermanos?

Tu mundo será el cuento de un país lejano. Cada vez más lejos y más cerca, cada vez más amado y más olvidado.

¿Dónde están las voces y los pasos?

(Continuará)

REGINA VOGT (BREMEN, ALEMANIA, 1904 - SANTIAGO DE CHILE, 1982)